



Viktor Frankl
Sincronización en Birkenwald

Herder

Viktor Emil Frankl

SINCRONIZACIÓN EN BIRKENWALD
UNA CONFERENCIA METAFÍSICA

Traducción de Ana Schulz

Herder

www.herdereditorial.com

Título original: Synchronisation in Birkenwald. Eine metaphysische Conference

Traducción: Ana Schulz

Diseño de la cubierta: Stefano Vuga

Maquetación electrónica: Manuel Rodríguez

© 2013, *herederos de Viktor E. Frankl*

© 2013, *Herder Editorial. S.L., Barcelona*

© 2013, *de la presente edición, Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3061-9

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

[Prefacio](#)

[Sincronización en Birkenwald](#)

Prefacio

En septiembre de 1942, Viktor Frankl, como la mayoría de los vieneses judíos, esperaba la inminente llegada de la Gestapo alemana como a un rayo exterminador. Fue sorprendido trabajando en la clínica y obligado a abandonar su tarea al instante. Solo pudo llevar consigo el manuscrito de un libro que resumía su experiencia clínica y científica, fruto de muchas horas de trabajo. Cargaba, además, como riqueza personal, con un pedazo de mosaico de una antigua sinagoga de Jerusalén que pensaba utilizar como piedra angular de su casa y una condecoración al mérito alpino.

Fue conducido al local de su antigua escuela de Kleine Sperglasse 2-C, donde se agrupaban los judíos que serían deportados hacia los campos de concentración. Sus padres y su esposa, Tilly, también estaban allí. Su hermana, Estela, logró huir a Australia. Su hermano, Walter, en un desesperado intento por huir a Italia con su esposa, fue capturado por la policía y murió en Auschwitz en fecha desconocida. Poco tiempo después Frankl fue trasladado a una región del norte de Praga llamada Theresienstadt.

«Terezín» —tal era su nombre en checo— funcionó como un gueto entre los años 1941 y 1945 para más de 150 000 judíos provenientes de distintas partes de Europa central. Como parte de la propaganda nazi al mundo, este gueto pretendía mostrar una organización modélica respecto del tratamiento que se le daba a la población judía, negando u ocultando las historias que circulaban sobre los campos de exterminio. Originalmente, este pequeño pueblo a orillas del río Eger contaba con una población de 3 700 habitantes y tan solo diez familias judías. Cuando Frankl fue deportado allí, alcanzaría una población de más de 53 000 personas hacinadas en unas pocas manzanas.

Frankl permaneció 25 meses en Terezín prestando servicios como médico y psiquiatra —durante ese tiempo se produjo la muerte de su padre, Gabriel— antes de ser trasladado a Auschwitz-Birkenau, en octubre de 1944, junto a su esposa, con el número de prisionero 119 104. Pocos días después se les uniría Elsa Lion, madre de Frankl.

Aquí comienza la historia; no la recorrida por el médico o por el científico sino por el hombre. La historia de un ser humano que fue víctima, como tantos otros, de un trato cruel y del intento de ser reducido a un número. Como muchos, Frankl resistió. Y Terezín, Auschwitz, Türkheim, Kauferin y Dachau fueron las estaciones de un viaje intenso hacia sí mismo, hacia el descubrimiento de su propia resistencia espiritual.

El Dr. Frankl escribió *Sincronización en Birkenwald* poco tiempo después de haber dejado atrás su experiencia como prisionero en los campos de concentración nazis. La obra aborda un debate metafísico sobre el sentido del su-

frimiento, que toma como punto de partida una escena en una barraca del campo de concentración «Birkenwald», nombre de ficción resultado de la combinación de los nombres «Buchenwald» y «Birkenau». El mismo autor recuerda: «Fue como si algo profundo dentro de mí me dictara la obra. Me resultaba difícil poder escribir tan rápido aún cuando usaba taquigrafía. La obra fue escrita en unas pocas horas». En una carta personal al Dr. Fabry, de junio de 1964, Frankl escribe lo siguiente:

El año 1946 fue elegido porque escribí el texto en ese año, aliviando mi alma un lluvioso domingo de octubre, sin preparación previa, en nueve horas, en taquigrafía, acompañado solo por media docena de tazas de café. La visión fue tan somera que cuando al día siguiente dictaba todo lo escrito, no pude reconocer amplios pasajes como algo que yo mismo hubiese escrito. Más adelante, durante el mismo año, leí el texto ante [...] el profesor Ludwig van Ficker, en Innsbruck. Inmediatamente se apropió de él y lo publicó en el siguiente número del *Brenner*, el órgano literario más exclusivo en el área de lengua alemana. En aquel entonces insistí en el uso del seudónimo Gabriel Lion. Gabriel era el nombre de pila de mi padre, Lion el apellido de soltera de mi madre. Hoy estaría dispuesto a revelar ese seudónimo.

Si bien la elección del nombre «Birkenwald» es el resultado de la combinación de nombres de dos campos de concentración por los que transitó Viktor Frankl, no podemos dejar de detenernos, aunque tan solo sea por un momento, en el significado de esta denominación. En alemán, *Birkenwald* significa «bosque de abedules». A priori no parece ser algo significativo, aunque si reparamos en el simbolismo del abedul, en su propia naturaleza y en el lugar legendario que ocupa en la cultura de Europa central, tal vez podamos avanzar un poco en su significado.

El nombre «abedul» proviene de los celtas, un pueblo cuya cultura mantenía fuertes lazos con los bosques. Su historia es curiosa, ya que es un árbol que se estableció en las nuevas tierras desoladas y vírgenes tras la retirada de las glaciaciones, lo que significó, entonces, una avanzada biológica que benefició el arraigo y el desarrollo posterior de toda una nueva comunidad orgánica, en la medida en que su rápido crecimiento modifica y favorece las condiciones ambientales. Del mismo modo, el abedul también es un gran benefactor y protector, dado que gracias a su aroma y sus características atrae hacia sí alrededor de doscientas diversas especies de insectos, y, por ende, a muchos depredadores, lo que asegura un perfecto equilibrio ecológico.

Este árbol, además, simboliza en la cultura rusa la primavera y a la mujer joven: la vida naciente. «Abedul», también, es una célebre colección de cantos y danzas rusos, que únicamente pueden ser interpretados por muchachas. Cuenta una leyenda que aquel que plante tres abedules en su jardín verá realizados sus sueños al amparo de su sombra.

Tal vez no haya sido una intención deliberada la denominación que Frankl dio al escenario de su historia, aunque son muchos los aspectos simbólicos que unen *Birkenwald* con el mensaje de este drama. Podríamos decir que, si no existe intención ni se trata de una coincidencia, tal vez sí podamos hablar de «sincronicidad».

La capacidad del abedul de generar vida en lo devastado le permite arraigarse y «colonizar» con nueva vida el terreno. Sin pretender forzar los significados, pienso en el abedul como el intérprete natural del mensaje frankliano

del «sí a la vida, a pesar de todo». Una especie de inlaudicable postura vital; una «existencia» que se yergue por sobre la tragedia.

Sincronización en Birkenwald pone en escena, creativa y originalmente, un debate metafísico de envergadura, mediante diálogos humanos que manifiestan vivencias universales ante las cuales no podemos dejar de identificarnos y descubrirnos. La presentación del texto ha conservado el formato de guión teatral, procurando ser lo más fiel posible al modo en que fue concebido originalmente por su autor.

Dr. Claudio César García Pintos

Sincronización en Birkenwald Una conferencia metafísica¹

Personajes:

Benedictus (Baruch) de Spinoza
Sócrates
Immanuel Kant
Kapo
Franz
Karl
Fritz
Ernst
Paul
Madre
Ángel Negro
Sargento Segundo de las SS

Lugar: el teatro correspondiente.

Tiempo: la función correspondiente.

Escenario vacío delante de un telón intermedio. Los tres filósofos vestidos con el traje de su época; Kant, además, con peluca.

Spinoza (*mientras escribe*): Director de protocolo: Benedictus de Spinoza...

Sócrates: También debería anotar la hora exacta.

Kant: ¡Alto! ¡Protesto! ¿Qué entiende por hora exacta? ¿A qué se refiere? ¿A la hora centroeuropea, a la hora normal, al horario de verano o a qué si no? Ya lo estoy viendo caballeros, mi crítica trascendental está en peligro de quedar en el olvido.

Spinoza: Disculpe, señor profesor, no la he olvidado.

Sócrates: Yo tampoco, no se lo tome a mal por favor, no lo decía en ese sentido...

Kant: ¿Acaso sabe a qué me refiero?

Sócrates: Por supuesto. El espacio y el tiempo no son más que intuiciones...

Kant: Así que lo sabe, entonces, ¿por qué no se atiene a ello?

Sócrates: ¡Pero si soy la prueba viviente de que me atengo a ello!

Kant: No lo entiendo.

Sócrates: Pues yo, que viví en la antigua Grecia, conozco su *Crítica de la razón pura* casi de memoria.

Kant: ¡Ah! ¿A eso se refiere? Está bien, le creeré.

Sócrates: Él, Baruch Spinoza y yo, nosotros, ¿cómo lo llamábamos en aquella época en que nos jugábamos la piel

en la tierra? Estamos en la «eternidad», ahora estamos en la eternidad.

Spinoza: ¡Deliciosa paradoja!

Sócrates: Puesto que la eternidad no es más que simultaneidad.

Kant: ¿Eso lo tiene de san Agustín?

Sócrates: ¿Pero quién tiene qué, y de quién?

Spinoza: En su día, cada uno de nosotros nos ocupábamos de las prioridades, y ahora aquí resulta que no hay antes ni después, no hay primero ni segundo.

Sócrates: Puesto que *estamos* en la eternidad.

Spinoza: La *eternidad* está con nosotros.

Kant: De acuerdo, todo esto no es nuevo en absoluto. Pero vuelvo a hacerle la misma pregunta, ¿por qué habla usted de una fecha concreta?

Sócrates: Profesor, se lo ruego, ¿cómo vamos a hacer todo esto comprensible a la gente: eternidad, temporalidad, simultaneidad...?

Kant: Tiene usted razón...

Spinoza: ¡Él tiene razón, profesor!

Kant: Por favor, prosiga entonces con el protocolo, señor Spinoza...

Sócrates: Profesor, pido la palabra.

Kant (*asiente alentadoramente con la cabeza*).

Sócrates (*se levanta y carraspea*): Caballeros, cómo expresarlo, simplemente se trata de que el ser humano no puede continuar así, ¡algo debe ocurrir! Es difícil que se hagan una idea de cómo viven hoy en día en la Tierra. La fe está prácticamente muerta, cualquier tipo de fe, además. Hoy en día ya no se cree ni en la propaganda política. Ya nadie cree en el prójimo, ni tampoco en uno mismo. Y sobre todo, ¡ya nadie cree en una idea!

Kant (*a media voz*): Las ideas solo son reguladoras.

Spinoza (*a media voz*): La idea original es Dios.

Sócrates: Por favor, no nos peleemos sobre los términos, sobre todo si no nos queremos pelear sobre los conceptos. Saben exactamente a lo que me refiero: a la cuestión, a la gran cuestión, a la existencia del ser humano. ¡Todo está en juego! Dos guerras mundiales han arruinado la, por así decir, moral de las personas.

Spinoza: Profesor, no le falta razón. Y sobre todo piense en las consecuencias que puede tener. La masa ya no cree en nada. Y los pocos que saben lo que hacen, o que al menos creen saberlo, tienen vía libre para abusar de la masa engañada y confundida.

Kant: Sí, pero ¿qué podemos hacer?